

rra, se vuelve á ser "el borriquillo que se marcha paciendo."

III

El debilitamiento de la atención es extraordinario en la manía, que consiste, como es sabido, en una sobreexcitación general y permanente de la vida psíquica. La difusión no es sólo interior; se traduce sin cesar al exterior, y se gasta á cada momento. Hay una agitación constante, un deseo continuo de hablar, de gritar, de moverse violentamente. El estado de conciencia se proyecta inmediatamente al exterior. "Los maníacos, dice Griesinger, pueden hacer durante un tiempo á veces muy largo un gasto de fuerza muscular, para la que no bastaría un hombre sano. Se los ve pasar semanas ó meses enteros casi sin dormir, presos de un furor violento, y la única explicación de ese enorme gasto muscular parece ésta: á consecuencia de

una anomalía de la sensibilidad de los músculos, estos enfermos no tienen el sentimiento de la fatiga.," Al mismo tiempo, las sensaciones, las imágenes, las ideas, los sentimientos, se suceden con tal rapidez, que alcanzan apenas el grado de la conciencia completa y, á menudo, para el espectador el lazo de asociación que los une, pasa desapercibido por completo "Es una cosa, decía uno de ellos, verdaderamente prodigiosa la extraordinaria velocidad con que se suceden los pensamientos en el espíritu.," Así, en resumen, en el orden mental, una carrera desordenada de imágenes y de ideas; en el orden motor, un flujo de palabras, de gritos, de gestos, de movimientos impetuosos.

No es necesario detenerse en hacer ver que todas las condiciones contrarias al estado de atención se encuentran reunidas en la manía. No hay ni concentración, ni adaptación posibles, ni duración. Es el triunfo del automatismo cerebral entregado á sí mismo y libre de todo freno. Así,

en los maníacos, hay á veces una exaltación extraordinaria de la memoria: pueden recitar largos poemas olvidados desde hace mucho tiempo.

En este caos intelectual, ningún estado consigue durar. "Pero que se logre obrar poderosamente sobre el espíritu de un maníaco que un suceso imprevisto fije su atención, de repente se le verá razonable, y la razón se sostiene mientras la impresión conserve bastante poder para fijar su atención," (1). He aquí otro ejemplo que nos muestra de qué causas depende la atención espontánea.

Comprenderemos bajo el nombre general de agotamiento un grupo de estados bastante numeroso en que la atención no puede pasar de un grado muy débil. No es que tenga que luchar, como en la manía, contra un automatismo excesivo; su debilidad proviene de sí misma: se encuentran ejemplos de esto en los histéricos, en ciertos

(1) Esquirol, *Maladies mentales*, tít. II, pág. 47.

melancólicos, en el comienzo de la embriaguez, en la proximidad del sueño, en la fatiga extraordinaria, física ó mental. Los niños atacados de corea son también poco capaces de atención.

Estos estados morbosos ó semimorbosos, confirman la tesis que hemos sostenido anteriormente (al estudiar el estado normal): que el mecanismo de la atención es esencialmente motor. En el agotamiento, hay imposibilidad ó dificultad extraordinaria en fijar la atención. Esto, repito, significa que un estado intelectual no puede predominar ni durar, ni producir una adaptación suficiente. Este agotamiento cerebral, que resulta de un vicio cualquiera de nutrición, se traduce de dos modos: primero, por un estado de conciencia sin intensidad y sin duración; en seguida, por una insuficiencia de influjo nervioso motor. Si los movimientos que, como se dice, "acompañan," á la atención, movimientos de la respiración, de la circulación, de la cabeza, de los miembros, etc., no tienen vi-

gor; si todos estos fenómenos motores son, como lo sostenemos, no concomitantes, sino elementos de las partes integrantes de la atención, que ponen al estado intelectual un límite, un sostén y, por decirlo así, un cuerpo; si tienen por efecto en el estado normal reforzar la sensación, la imagen ó la idea por una acción de vuelta, claro es que estas condiciones están aquí ausentes ó amortiguadas, y que no pueden producirse sino ensayos de atención, débiles ó sin duración, que es lo que sucede.

Tomemos el caso de la embriaguez, el más sencillo, el más vulgar de todos, que tiene la ventaja de que se puede seguir hasta el fin la disolución de los movimientos. Es una ley biológica muy conocida que la disolución sigue el orden inverso de la evolución, que su trabajo destructor marcha de lo complicado á lo sencillo, de lo menos automático á lo más automático. Esta ley se verifica en la embriaguez. Primero, se alteran los movimientos más delicados, los de la palabra, que se dificulta;

los de los dedos, que pierden su precisión; más tarde los movimientos semi-automáticos, que componen la marcha, el cuerpo vacila; todavía más tarde, el borracho no es ni aun capaz de sostenerse sentado, cae al suelo; por último, pérdida de los reflejos, está completamente borracho; en el extremo, pérdida de los movimientos respiratorios. Dejemos las últimas fases de la disolución de los movimientos, que son puramente fisiológicas, volvamos al principio, y veamos lo que pasa en la conciencia. ¿Es después de beber cuando se es capaz de atención, y sobre todo de reflexión? El estado de locuacidad que se produce entonces en ciertos hombres, es el contrario del estado de concentración. El poder de suspensión se debilita; se entregan sin reserva: "In vino veritas." Después, poco á poco, se oscurece la conciencia; sus estados flotan indecisos, sin contornos claros, como fantasmas. El debilitamiento de la atención y el de los movimientos va, pues, á la par: son dos

aspectos de un suceso único en el fondo.

Sin embargo, se presenta otra cuestión; no queremos tratarla de paso, y no haremos más que indicarla al lector. Si el estado de agotamiento nervioso impide la atención, veríamos aquí su origen. El hombre sano es capaz de atención, de esfuerzo, de trabajo, en el sentido más amplio; la debilidad es incapaz de atención, de esfuerzo, de trabajo. Pero el trabajo producido procede de alguna parte, no cae del cielo, no puede ser sino la transformación de una energía preexistente, el cambio de una labor de reserva en trabajo actual. Este trabajo de reserva, almacenado en la sustancia nerviosa, es el efecto de las acciones químicas que allí se verifican. Tal sería, pues, la condición última de la atención. Yo me atengo, por el momento, á esta simple observación (1).

(1) Véase la Conclusión, § 2.

El sueño, según la teoría generalmente admitida, es también consecuencia de un agotamiento, y quizá de una especie de intoxicación. Los autores, poco numerosos, que han estudiado la atención durante el sueño, parten de la hipótesis implícita ó explícita de que es un poder, una facultad, y se han preguntado si está suspendida. Para nosotros, la cuestión se presenta de otro modo; se trata simplemente de saber si durante los ensueños se constituye el *estado* de monoideísmo relativo.

Es cierto que si menudea una sensación, una imagen, se hace predominante en esta serie de estados de conciencia que se desarrollan durante los ensueños en un curso rápido y desordenado. Se produce entonces un movimiento de suspensión; hasta tenemos el sentimiento de una adaptación por lo menos parcial y temporal; por último, el estado predominante va siempre acompañado de alguna afección ó emoción fuerte (miedo, cólera, amor, curiosidad, etcétera); de modo que encontramos todos

los caracteres esenciales de la atención espontánea.

¿Hay igualmente equivalentes de la atención voluntaria artificial? Primeramente, hay que separar una categoría de casos que se intentaría presentar como ejemplos afirmativos. Tales son las soluciones de los problemas, los descubrimientos científicos, las invenciones artísticas ó mecánicas, las combinaciones ingeniosas que se han revelado en sueños. Tartini, Condorcet, Voltaire, Franclin, Burdach, Coleridge y otros muchos, han referido observaciones personales bastante conocidas para que me limite á recordarlas. Pero todo esto es el resultado del automatismo cerebral, es decir, de un modo de actividad que está en completo antagonismo con la atención voluntaria. No se descubre, no se inventa, no se resuelve más que según las costumbres del espíritu. Coleridge compone un poema, pero no resuelve problemas de álgebra. Tartini acaba su sonata, pero no inventa una combinación financiera. Es

un largo trabajo de incubación anterior, ya consciente, ya, lo más á menudo, inconsciente (es decir, puramente cerebral), que alcanza bruscamente el momento del nacimiento.—El estado del espíritu, durante los ensueños, es lo más desfavorable posible á la constitución de la atención voluntaria. Por una parte, rapidez é incoherencia de las asociaciones; por otra, desaparición ó debilitamiento extraordinario de toda coordinación.

Las más altas formas, las más delicadas, las más complejas, desaparecen las primeras. Sin embargo, el poder voluntario no está siempre suspendido, puesto que tratamos á veces de mantenernos en un estado que nos gusta, ó de sustraernos á una situación desagradable. También hay casos que presentan, por lo menos, un bosquejo de la atención voluntaria, lo que es bastante natural en los que han contraído el hábito. A veces el absurdo de ciertos ensueños nos subleva, y nos ponemos á sacar de ellos, por nosotros mismos, las con-

tradiciones. Hacemos ciertos cálculos, cuya inexactitud nos choca, y nos esforzamos por descubrir las causas del error (1). Pero ésta es la excepción. Si el sueño no fuese la suspensión del esfuerzo bajo una de sus formas más penosas, no sería una reparación.

Para el sonambulismo natural, y todavía más para el hipnotismo, la cuestión está lejos de dilucidarse. Braid, que ha sido el primero que ha despojado al sonambulismo provocado de lo maravilloso que le rodeaba, reduce toda la psicología de este fenómeno á una concentración de la atención: lo que se ha sostenido con algunas variaciones por Carpenter Heidenhain, Schneider, sobre todo Beard (de New-York). Para este último, "es una perturbación funcional del sistema nervioso, en el cual la actividad está concentrada en una región limitada del cerebro, permanecien-

(1) Véanse algunos ejemplos en Sully, *Illusions*, c. VII.

do inactivo el resto, cosa que produce la pérdida de la volición". Según su comparación favorita, la corteza cerebral se parece á una araña iluminada con gas por numerosos mecheros. Cuando todos están encendidos, es la vigilia; cuando todos están reducidos sin estar extinguidos por completo, es el sueño; cuando todos están apagados, excepto uno solo, que brilla con todo su esplendor y consume todo el gas, es la hipnosis con sus diversos grados.— Esta teoría de la "atención concentrada", ha sufrido más de una crítica (1), y parece difícilmente aplicable á todos los casos. El hipnotismo producido en las gallinas y en los cangrejos por el P. Kircher, Czermak, Preyer, ¿se puede atribuir á una concentración anormal de la atención? Es cierto que el hipnotizado está bien preparado para el monoideismo; pero éste, producido artificialmente por sugestión, ¿es asimilable á la

(1) Para las críticas, consúltese Stanley Hall, en *Mind*, Abril 1885, y Gurney, *ibid*, Octubre 1884.

atención propiamente dicha? ¿No se aproxima más bien á la idea fija?

IV

El idiotismo tiene grados, desde la nulidad completa de la inteligencia, hasta la simple debilidad de espíritu, según el punto en que se ha producido la suspensión del desarrollo. Algunos imbéciles hasta tienen un talento particular (para las artes mecánicas, el dibujo, la música, el cálculo), que resalta tanto más cuanto que está rodeado por el vacío. Se han comparado estas facultades aisladas con los instintos de los animales.

Las condiciones más elementales de la atención faltan, ó no aparecen sino por raras. Los sentidos mal formados no transmiten sino impresiones obtusas. Los centros superiores, son impropios para elaborarlas y unirlos. El estado del poder *motor*, fac-

tor esencial de la atención, merece observarse. Presenta siempre anomalías: parálisis, convulsiones, contracciones, epilepsia ó un automatismo limitado que repite indefinidamente los mismos movimientos: balancear constantemente el cuerpo, acompañándose con un canto monótono, y golpear las paredes, abrir y cerrar indefinidamente el mismo mueble, etc. Ningún poder de coordinación ni de registro. "Los imbéciles, los idiotas, dice Esquirol, están privados de la facultad de atención, lo que les hace incapaces de educación. Yo he repetido con frecuencia sobre ellos esta observación. Queriendo vaciar en yeso la mascarilla de un gran número de locos, lo he conseguido con los maníacos, aun furiosos, y con los melancólicos; pero no he podido obtener de los imbéciles que tuviesen los ojos cerrados el tiempo bastante para recibir el yeso, por buena voluntad que pusiesen para esta operación. Hasta he visto llorar á algunos porque no había resultado el vaciado, é intentar muchas

veces, pero en vano, conservar la postura que se les daba y no poder cerrar los ojos más de un minuto ó dos,, (1). En el grado inferior, no tienen ni aun la atención espontánea del animal por su propia conservación. Los menos refractarios ofrecen probabilidad á la educación. Séguin y otros han obtenido algunos resultados por una domesticación paciente. Sin investigar si los grandes esfuerzos hechos en este sentido desde hace más de medio siglo tienen un valor social, y si esta suma de trabajo no se podría haber gastado más útilmente, vemos que todos los diversos sistemas de educación tratan de constituir algunos estados predominantes y reguladores; es decir, una especie de atención. Se comienza por actos de una extraordinaria sencillez. Así, en ciertos asilos de los Estados Unidos, para despertar la atención de los idiotas, se les enseña á meter clavijas en un

(1) Esquirol, *Maladies mentales*, t. I, p. 11.

agujero, á repetir un aire musical, á asociar una palabra á ciertas figuras (1).

En resumen, la atención es una actitud del espíritu; diría un estado *formal* si no se hubiera abusado de esta palabra. Se podría representar gráficamente la totalidad de sus manifestaciones normales y morbosas por una línea recta que se bifurca por ambas extremidades. En el centro, pongamos la atención espontánea media. Siguiendo nuestra línea imaginaria, á la derecha, en el sentido de la intensidad creciente, tenemos la atención espontánea fuerte, después la preocupación, después la idea fija débil; la línea se bifurca para representar los dos grados extremos, la idea fija confirmada y el éxtasis. Volvamos á nuestro punto de partida para ir á la izquierda en el sentido de la intensidad decreciente. Tenemos la atención voluntaria, primero bajo una forma de hábito organizado, después bajo su

(1) Séguin, *Traité de l' éducation des idiots*, Paris 1846, Ireland, *Mental idiocy*.

forma media, después vacilante; por último, una bifurcación que responde á estos dos extremos: el decaimiento temporal; la imposibilidad de la atención. Entre cada forma y sus próximas, hay matices que no estudiamos aquí; pero así apreciamos la comunidad de origen de todos estos estados, y su unidad de composición.

CONCLUSIÓN

**La atención depende de los estados afectivos.—
La vida afectiva se reduce á necesidades, tendencias y deseos, acompañados ó no de conciencia.—Estos casos implican siempre una inervación motora en un grado cualquiera.—Condición física más general de la atención.**

I

Hemos tratado de establecer que la atención, bajo todas sus formas, tiene por condición inmediata y necesaria el interés—es decir, estados afectivos naturales ó artificiales—y que su mecanismo es motor. No es una facultad, un poder especial, sino un *estado intelectual*, predominante á consecuencia de causas complejas que de-